

AÑO XXXIII | Alicante 25 Marzo 1904 | NÚMERO 3.

Sección Doctrinal

FILOSÓFEMOS

Sostiene concienzudo autor (1) que no hay mortal ninguno que disfrute de completa dicha, sino que todos, cual más, cual menos, somos aguijoneados por el dolor en una ó varias de sus múltiples formas y con resultados inmediatos más ó menos desastrosos.

Es cierto lo que se expresa en el precedente párrafo, como también es cierto que el ideal perseguido por todo ser viviente, es y será hasta la consumación de los siglos, eludir lo que le molesta y apropiarse lo que le satisface; mas ¡ay! uno y otro objetivo son solamente encantadoras ilusiones, risueñas esperanzas, flores delicadísimas de embriagadores perfumes, mientras no se encuentran al alcance de nuestra mano; que en cuanto llegamos á tocarlas, cuando presumimos poseerlas, desvanécense instantáneamente como el humo, dando lugar al eterno vacío en que nuestro corazón se mueve.

Y no es, eso no, que el ideal perseguido y hasta cierto punto alcanzado haya dejado de producir en nosotros los efectos correspondientes; es que á medida que el mismo iba causando estado en nuestra inteligencia y en nuestra emotividad, nuestra emotividad y nuestra inteligencia iban ensanchándose y refinandose; iban vislumbrando en lontananza algo mejor y descubriendo las deficiencias de lo que poco antes consideraron como la meta de sus

---

(1) Faure, *El Dolor Universal*

aspiraciones; iban, en fin, persiguiendo otro ideal, porque el ideal primero no bastaba ya á colmar sus ansias de mayor bien.

Para que la humanidad llegara un día á ser feliz, completamente feliz, necesario fuera que «lo desconocido» rasgara sus velos, ó que ella misma pusiera un límite á sus inagotables aspiraciones. Progreso es sinónimo de lucha y de dolor, y antítesis, por consecuencia, de felicidad beatífica. Si algo tienen de lógico determinadas religiones, es el trazar un límite al perfeccionamiento de sus elegidos. Un cielo con progreso fuera tan absurdo como un círculo con ángulos. La eterna y absoluta dicha solo puede compaginarse con la eterna y absoluta negación de apetencias y de nuevos aféctos.

Para adquirir la plena certeza de lo que estamos diciendo, es mejor reparar en lo pasado que en lo futuro. Volvamos la vista al ayer de la humanidad, y digamos, puesta la mano sobre el pecho, si nuestro modo de ser presente no es un paraiso comparado con el modo de ser de los que nos precedieron en la carrera de la vida, sobre todo si alcanzamos con nuestra mirada á los orígenes del hombre histórico. Entonces, ¡cuántas sombras para la inteligencia, cuántas angustias para el corazón, y cuántas fatigas, privaciones y miserias para poder conllevar las necesidades de la vida! Al presente, todo es distinto. Se trabaja mucho, muchísimo, para obligar á la madre tierra á que nos regale con los néctares de su seno ubérrimo; pero hay máquinas que roturan, y siembran, y siegan, y trillan, y limpian, y muelen, y amasan, y cuecen el pan...; hay ferrocarriles, y vapores, y locomoviles que nos transportan cómodamente de uno á otro sitio...; hay telares que nos proporcionan tejida la lana, la seda, el terciopelo, el damasco...; hay casas, hay palacios, hay hoteles, hay quintas de recreo...; hay el correo, y el telégrafo, y el teléfono que nos ponen en relación con nuestros antípodas...; hay la escuela, y la academia, y el instituto, y la universidad que nos desbastan el intelecto...; hay el café, la tertulia, el teatro y el ateneo para expansión de nuestro espíritu...; hay, por decirlo de una vez, ûn cúmulo de goces que pertenecen á todos y que ni pudieron soñarlos nuestros lejanos progenitores. Pues bién: imaginémonos por un instante que en aquellas edades primitivas se hubiera vislumbrado, no todo, sino una parte del bienestar del presente, y preguntémonos á seguida si no hubieran considerado nuestros venerables tatarabuelos que semejante dicha era la meta de la felicidad. Hagamos más: hagamos que nuestra fantasía le dé en esa parte un corte al progreso, á las aspiraciones de mayor bien de aquellas generaciones y de las sucesivas, y veamos si nuestra razón halla medio de justificar los anhelos que al presente nos atormentan. Imposible. No concibiendo más, no se puede apetecer más; y no habiendo apetencias por lo que no se tiene, no puede haber angustias por deseos no satisfechos.

Es, pues, inconcuso, que el supremo bien, la felicidad suprema, no cabe en parte alguna ni en ningún momento de la vida, á no descartar primera-

mente las dos realidades más manifiestas para el espíritu: la realidad de «lo desconocido» y la realidad de su potencia. La primera le atrae, le fascina, le conduce siempre hacia el más allá; la segunda le alienta, le estimula, le aguijonea para que no cese de querer ser lo que le evidencia puede ser; y del influjo recíproco de entre ambas, surgen esos fulgores presentidos por el deseo, convertidos en luz por el trabajo y degenerados en sombras por las aspiraciones nuevas, que constituyen los jalones de la marcha ascendente del espíritu.

Q. López.

PRESENTIMIENTOS

Dijo no sé qué poeta:—«Está visto; no hay profeta, como nuestro corazón.»—Y en verdad que estuvo en lo cierto el que tal dijo; porque indudablemente, muchas veces se tienen *corazonadas*, se siente una voz interior que nos advierte que tenemos un peligro cerca, pero no se hace caso en la mayoría de las ocasiones, no se atiende á esos avisos misteriosos que nos dan nuestros deudos de ultratumba, y yo creo que nos hacemos sordos porque cuando tenemos que pasar por las *horcas caudinas*, pasamos á pesar de todas las advertencias y de todos los avisos, y en prueba de ello copiaré algunos fragmontos, ó mejor dicho, trataré de sintetizar la extensa carta que me envía un espiritista desde Minas (Montevideo), contándome la desastrosa muerte de su hija María, que desde muy joven tuvo el presentimiento de que su desencarnación había de ser dolorosísima.

Era María una joven bellisima, buena, sensible, cariñosa, muy amante de la familia, especialmente de su padre, por el cual sentía verdadera idolatría.

A la temprana edad de 17 años, un apuesto doncel la requirió de amores; ella correspondió á sus galanteos contenta de verse atendida y obsequiada; el pretendiente quiso llevar el asunto por la posta y puso el plazo de cuatro meses para efectuar el casamiento, pero el padre de ella pidió un año de espera y hubo que concedérselo; durante el año, aquellos volcánicos amores se fueron enfriando, hasta concluirse las relaciones con gran contento de María, que se quedó tan tranquila. Tres años después, un segundo adorador ofreció á María su nombre y su amor; ella manifestó vivísima satisfacción, pero al llegar el día de comprar su canastilla de boda, se abrazó á su padre y le dijo sollozando:—Mi prometido es muy bueno, no tengo la menor queja de su comportamiento para conmigo, pero me asalta el horrible presentimiento que voy á ser muy desgraciada en mi matrimonio, me arrepiento por completo de mi determinación, no quiero separarme de tí, padre mío.—Pero, mujer, replicó su padre, ¿por qué no pensastes ésto antes de dar tu palabra y yo la

mía?—Porque antes no sentía lo que siento hoy.—Pero ¿tú le querías?—Sí, muchísimo, pero ahora no le quiero, estoy como si nunca le hubiera tratado. —En fin, hija. ¡todo sea por Dios! Más vale que te hayas arrepentido ahora que estás á tiempo y no después.

«No creas, Amalia (me dice mi amigo), que mi hija fuera coqueta ni tuviera poco juicio; era una niña modelo, querida de todo el mundo porque era el cariño andando.»

A los dos ó tres años de lo acaecido, otro nuevo galán se enamoró perdidamente de María; ella le correspondió, y su padre, escamado por los lances anteriores, interrogó á su hija, diciéndole que lo pensara antes de decidirse, y ella le aseguró que con éste estaba segura de no arrepentirse. Tuvieron dos años relaciones, sin el menor disgusto, y cuando llegó el momento de prepararlo todo para la boda, llamó María á su padre una mañana y le dijo con espanto:—Padre mío, ¡qué sueño tan horrible tuve anoche! Soñé que me había casado y que el mismo día me había muerto; yo me veia muerta y á mí esposo al lado del cadáver; perdóneme el nuevo disgusto que voy á darle, porque yo no me caso, me inspira mi prometido la aversión más profunda desde anoche; no serviré para casada, está visto que debo quedarme soltera. Y á todo esto, María lloraba con el mayor desconsuelo y su padre no sabía qué decir, y el novio al enterarse cayó gravemente enfermo, salvándose de la muerte por milagro.

Cumplió Maria 30 años, y un joven de 20 primaveras enloqueció por ella, y su padre, curándose en salud, le contó á él y á su familia lo acontecido con los novios de su hija, pero su relato no fué óbice para que las relaciones siguieran adelante y al fin se efectuara el casamiento, no sin que antes María dijera á sus amigas más íntimas: «Estoy arrepentida de mi casamiento, presiento una gran desgracia, un acontecimiento dolorosísimo, sé que voy á sufrir horriblemente, me parece que ya me atormentan los dolores, pero no quiero dar un nuevo disgusto á mi padre.»

Se casó, y á los dos meses de casada, ella y su espeso volvieron á Minas y se instalaron en la casa de sus padres, y al conocer que iba á ser madre, dijo María á toda su familia (menos á su padre) que moriría irremisiblemente en el acto del alumbramiento, y ocho dias antes de dar á luz, llamó á su esposo, á su madre y á sus hermanas, y á todos les suplicó que cumplieran fielmente su última voluntad, que la amortajaran con su traje de boda, y dispuso de todas sus alhajas y de su ropa repartiendo cuanto poseia entre sus cuñadas y parientas más cercanas, dando mayor cantidad de objetos preciosos á las más pobres, á las más necesitadas. Todas á una, le decían:—Pero ¿estás loca?—Y ella replicaba sonriendo tristemente:—Pronto vereis como se cumplirá mi presentimiento; no siento más que no dejaros mi último retrato, y solo os pido que cumplais mi postrera voluntad.

Su madre y sus hermanas creian que la dominaba el miedo, pero ella les

decía:—Moriré, moriré, y de muerte espantosa. ¡Cuántos años he huido de pagar esta deuda!... Al fin pagaré más parte de la que debo. ¡Dios tenga misericordia de mí!

El padre de María ignoraba por completo cuanto pasaba en su casa; todos callaron para no atormentarle antes de tiempo, y porque en realidad creian que María deliraba y que veia visiones; pero llegó el día del alumbramiento, y su padre, excelente operador, al reconocerla creyó perder el sentido y salió del aposento de su hija llorando como un niño. La familia le rodeó afanosa y todos preguntaron á la vez: —¿Qué hay?—Que se muere, que no hay remedio para ella.—¡Delirais!—dijeron todos.—La ciencia no ha dicho aún su última palabra.—La digo yo, replicó el padre sollozando, no la martiriceis, todo es inútil!—¡Imposible! gritó su marido.—El cariño os ciega, dijeron los hijos, vengan los médicos. Vinieron los médicos, la operaron cinco veces y murió María, tranquilizando á su padre diciéndole:—Ya sabía yo lo que me esperaba, ahora comprendo mi aversión al matrimonio; cumplióse mi presentimiento, ya tengo una deuda menos. Alégrate, padre mío!

Alegrarse no es posible ante el cadáver de un ser adorado; mi buen amigo quedó profundamente impresionado por el trágico fin de su hija, y gracias que es un espiritista convencido, porque en su larga vida ha tenido pruebas irrecusables de la eterna vida del espíritu. Un año antes de la muerte de María, se le murió una niña de dos años que le dejó también con su desaparición honda huella por la causa siguiente.

Años atrás, fué mi amigo á ver á su anciana madre que vivía muy lejos de Buenos Aires. Ella mostró mucho empeño de irse con su hijo á Minas, y él, atendido á la avanzada edad de aquélla, no creyó prudente exponerla á tan largo viaje, y la prometió que al año siguiente volvería á verla, y ella le dijo entonces: —El año que viene ya será tarde, habré muerto, y habré muerto sin que tú me cierres los ojos, que éste ha sido el deseo de toda mi vida, después que te estreché en mis brazos; y la anciana acariciaba á su hijo como si éste fuera un pequeñito, y le repetía:—Llévame contigo, quiero que tú me cierres los ojos.

Mi amigo no accedió al deseo de su madre, y ésta murió lejos del hijo que adoraba, y á los dos meses de haber dejado su envoltura, se presentó en espíritu á su hijo, el que durante la noche, en particular á la madrugada, se pone en relación con sus deudos desencarnados y habla con ellos y cambia impresiones. Su madre se le presentó tan cariñosa como siempre y cada dos ó tres noches la veia; pasaron varios meses y la esposa de mi amigo dió á luz una niña hermosísima, y ya no se presentó más la madre de mi amigo, el que al ver á su hija acabada de nacer, sintió un extremecimiento extraordinario, miró á la niña que le miró fijamente y dijo él á su esposa:—Mi madre está con nosotros, estoy seguro de ello.

A los siete meses, la niña comenzó á balbucear algunas frases y á su padre

le decía *nene;* jamás le dijo papá, y nene le decía cuando era su madre, nunca le llamó por su nombre y le acariciaba dándole palmaditas en las mejillas, como lo hacia cuando era su hijo.

Cuando cumplió dos años enfermó la niña de convulsiones, y 24 horas antes de morir acarició á su padre con la mayor ternura; después extendió su diestra y con el dedo índice señaló al cielo, y así permaneció breves momentos, y luego fué bajando la mano y con su dedito se tocó la frente y los ojos cerrándolos dulcemente. Luego los volvió á abrir y no dejó de mirar á su padre hasta que murió. Con besos y expresivos ademanes se despidió de todos, pero en particular á su padre le hizo las caricias más apasionadas. Mi amigo cerró los ojos de su hija plenamente convencido que el espíritu de su madre había venido á reclamar aquella última prueba de cariño.

En una niña de dos años, fué muy significativo el apoyar su dedito en los ojos y cerrarlos, para luego volverlos á abrir, llamarle siempre *nene* y nunca papá, acariciarle del mismo modo que lo hacía anteriormente; todo, en fin, le decía á mi amigo que el espíritu de su madre había venido desde el espacio, ya que él no quiso complacerla cuando ella con tanta insistencia se lo pidió.

Cuando se vive tan identificado con los séres de ultratumba, los azares de a vida se soportan con más energía, la muerte desaparece con todos sus horrores, porque se toca la realidad de la inmortalidad del alma, y ante hechos innegables hay que creer en la supervivencia del espíritu, sin que por esto se deje de sentir la violenta sacudida que se experimenta ante el cadáver de un ser amado; pero el dolor del espiritista convencido no llega nunca al paroxismo de la desesperación, porque junto al cuerpo inerte del ser que se llora, se alza el espíritu grave y silencioso que animó aquel organismo. Se juntan la vida y la muerte, el ayer y el mañana, lo conocido, lo que hemos tratado, y lo desconocido, lo misterioso, lo inexplicable, el ánimo se cobrecoje, la sorpresa y el asombro se apoderan de nosotros y se seca la fuente de nuestro llanto ante una nueva ansiedad, ante una nueva esperanza. ¿Se vive siempre? ¿Los séres que nos han amado no nos abandonan? ¿Podemos contar con su inspiración, con sus consejos, con su apoyo moral? ¡Cuánto hay que pensar sobre esto!... Y mientras se piensa, el dolor pierde su poderío, no nos tiraniza, no nos hunde en el abismo de la desesperación; la vida le adelanta y le deja muy atrás. ¡Bendito sea el Espiritismo! Tú eres el mejor amigo del hombre. Tú le dices con hechos irrefutables: ¡El espíritu no muere jamás!

Amalia Domingo Soler.

LAS NOCHES ALICANTINAS

XX

Paco.—Quienes como el P. Franco no encuentran otra explicación de los hechos espiritistas que atribuirlos al demonio, ni el mérito de la originalidad tienen tampoco. Igual decían de los milagros cristianos los gentiles.

Ahi está, sin ir más lejos, la vida de Santa Martina, la cual llevada ante jueces—dignos modelos de los inquisidores católico-romanos—dice entre otras cosas: «Admírame ciertamente que unos hombres como vosotros, entendidos, discretos y capaces, tengais por Dios á una estátua de mármol ó de bronce, fabricada á golpes de martillo por un artífice que vale mucho más que ella.»

Abdesllan.—Dispensa que te interrumpa. Ese apóstrofe coje de lleno al Catolicismo romano, cuyos templos están poblados también de estátuas análogas.

Paco.—Ciertamente; pero Martina vivía en el siglo II y el culto á las imágenes no había entonces tomado el incremento que alcanzó después, sin tener en cuenta que su crítica más acerba está en las frases mismas de los que esas imágenes personifican. Continúo: «Y en fin, para que conozcais por vuestra propia experiencia qué ridículas son esas divinidades quiméricas, á quienes dedicais vuestros cultos, llevadme, si gustais, al templo de vuestro Apolo, y vereis como reduzco á polvo á esa mentida deidad en vuestra misma presencia.» Irritados los jueces al oir una respuesta tan generosa y tan noble, mandaron que fuese conducida al templo de Apolo, para que en él ofreciese sacrificio; y caso de resistirse á obedecer, que sin remisión alguna fuese atormentada con los mayores suplicios. Apenas descubrió la Santa el templo á donde la llevaban, cuando levantando las manos y los ojos al cielo, hizo esta devota oración: «Dios y Salvador mío, que sacásteis de la nada á »todas las criaturas, y que todas las reducís á la nada cuando es vuestra vo»luntad, dignaos de oir la oración de esta humilde sierva vuestra y haced ver »á este ciego pueblo que solo Vos mereceis nuestra adoración y nuestro »culto, y que los ídolos suyos que son obra de sus manos, son indignos de la »menor veneración.» Apenas acabó la Santa de pronunciar estas palabras, cuando se sintió un espantoso terremoto que llenó de terror á todos; una parte del templo se desplomó, y la estátua de Apolo quedó hecha mil peda

zos. Oyóse la voz del demonio que residía en aquel ídolo y dijo en tono formidable: «Oh Martina, sierva del verdadero Dios, tú me arrojas de mi casa, »donde vivía tantos años há; y es preciso ceder á la omnipotencia de tu Dios, »que vá á llenar de calamidades á este imperio.» Fueron testigos de este suceso la mayor parte de los ministros del Emperador; y temiendo el furor del pueblo, que atribuia los milagros de los Cristianos á magia y encantamiento, mandaron que sin respeto á la calidad, ni á la tierna edad de Martina, fuese apaleada con gruesos bastones y fuese arañado su rostro con uñas aceradas. Durante este horrible suplicio, estaba la santa doncella bendiciendo á Nuestro Señor Jesucristo, dándole gracias por la merced que le hacía de padecer algo por su santo nombre y por su gloria. Consolóla el Señor, y la alentó con una luz celestial, asegurándola que triunfaría de todos sus tormentos. Viendo los verdugos todas estas maravillas, de repente dejaron de atormentarla, y arrojándose á sus piés declararon altamente que eran cristianos, y suplicaron á la Santa que les alcanzase del Señor la gracia del martirio. Fueron oidos prontamente; porque el juez les mandó cortar á todos la cabeza. — No cabía en sí de gozo Santa Martina al ver la victoria que su dulce esposo Jesucristo acababa de conseguir de sus enemigos; y como el tirano la apretase para que ofreciese sacrificio, y no se quisiese exponer á que se ejecutase con ella lo que se acababa de ejecutar con los otros, le respondió la santa virgen con cristiana intrepidez que los tormentos más crueles eran para ella favores insignes y placeres exquisitos, y que así en vano se cansaba en tentar su fé y su constancia. Enfurecido el tirano mandó que la despedazasen de nuevo con garfios agudos y que la llevasen arrastrando al templo de Diana, para que á lo menos se hallase presente al sacrificio de aquella diosa; pero apenas apareció en él la Santa, cuando el demonío salió del templo haciendo un espantoso ruido, á que se siguió un rayo que redujo á ceniza la estátua de Diana. No pudiendo el tirano sufrir la injuria que hacía á la religión del Emperador aquella tierna doncella, mandó que fuese atormentada con cruelísimos suplicios. Empleóse el hierro y el fuego en martirizar á aquella cristiana heroina, que en medio de los mayores tormentos no cesaba de bendecir y de alabar al Señor, hasta que cansado en fin el tirano, lleno de confusión por verse vencido de una tierna doncellita, la mandó cortar la cabeza, coronando de esta manera con tan glorioso martirio su fé y su virginidad.

Gabriel.—En la vida de San Pedro Nolasco, tenemos un caso de videncia notable por ofrecerse á tres distintos mediums, en distintos lugares al mismo tiempo y en la misma forma. Parece ser que Pedro Nolasco ideó formar una congregación para la redención de cautivos, y apoyado por D. Jaime, rey de Aragón y los grandes del reino, llegó á constituirla. Apenas comenzaba— dice la narración—la caritativa congregación á derramar sobre aquellos infelices los primeros efectos de su celo, cuando la Santísima Virgen se apareció á Nolasco el primer día de Agosto y le declaró sería muy del agrado de

su Hijo y suyo que fundase una Religión con el título de Nuestra Señora de la Merced para la redención de los cautivos cristianos, prometiéndole su socorro y protección. Persuadido Pedro de la voluntad de Dios en fuerza de esta visión, de cuya verdad no le quedó la menor duda, y la Iglesia la autorizó después celebrándola con fiesta particular, solo deliberó en los medios para la ejecución de lo que se le había mandado. Ante todas cosas, no queriendo moverse á nada sin consultarlo todo con su confesor San Raimundo de Peñafort, fué á buscar al Santo que había tenido la misma visión aquella noche. Confirmados ambos con la uniformidad de la revelación, pasaron á palacio á comunicar con el Rey sus intentos y darle parte de lo sucedido. Pero se hallaron sorprendidos y gustosamente admirados cuando el Rey se adelantó á contarles una visión que había tenido, y era en todo conforme á la de los dos sin faltarle circunstancia.

Paco.—Por eso creo yo que la mejor defensa de la mediumnidad y la más elocuente refutación de la teoría demoniaca la proporciona el «Año cristiano.» En el mes de Enero dicha obra no registra más que los siguientes:

Día 1. San Concordio.—Confortado por los Angeles en la cárcel.
2. Aparición de la Virgen del Pilar al Apóstol Santiago, en Zaragoza.
3. Santa Genoveva.--Medium curandera y de profecías.
4. San Gregorio, ob.—Id. esclarecido.
5. Santa Emiliana.—Id. auditiva.
6. San Melanio, ob.—Id. notable.
7. San Raimundo de Peñafort.--Id. de efectos físicos.
8. San Luciano.—Id. intuitivo.
9. San Julián y Santa Basilisa.—Id. de efectos físicos.
10. San Agatón, papa.—Que mereció el titulo de taumaturgo por sus muchos milagros.
11. San Anastasio y sus compañeros.—Mediums auditivos.
12. San Arcadio.—Medium notable.
13. San Hilario, ob. y conf.—Id. que resucitó á un muerto.
14. San Félix de Nola.—Id. de materializaciones.
15. San Mauro.—Id. que andaba á pie enjuto por el agua.
16. San Honorato, ob. y conf. en Arles. – Id. de efectos físicos.
17. Santa Rosalina, virgen.—Id. id.
San Antonio, abad.—Id. vidente y auditivo.
18. Santa Prisca, virgen y martir.—Id. que amansó un ferocísimo león.
19. San Ponciano.—Id. vidente y auditivo.
20. San Sebastián, martir.—Id. de materializaciones.
21. Santa Inés, virgen y mártir.—Id. de efectos físicos.
22. San Vicente, martir.—Id. id.
23. San Ildefonso. arz. de Toledo.—Id. id.
24. Descensión de la Virgen ó fiesta de Nuestra Señora de la Paz.

Día 25. Conversión de San Pablo.
26. San Policarpo.—Medium vidente.
27. San Emerio.—Id. que amansó un dragón ó león.
San Juan, ob., llamado Crisóstomo que qniere decir *boca de oro.*
28. San Julian, ob.—Id. de efectos físicos y aportes.
San Tirso, martir.—Id. id.
29. San Francisco de Sales.—Id. intuitivo y vidente.
30. San Barsen, ob.—Id. curandero.
San Matías, ob. en Jerusalén. - Id. de efectos físicos.
Santa Martina, virgen y martir.--Id. id.
31. San Pedro Nolasco.—Id. vidente y auditivo.

Para condenar el Espiritismo, la Iglesia católico-romana tiene que empezar por condenar, en solo un mes del año, á más de treinta mediums que en los altares de sus templos se veneran.

(Se continuará)

Sección Científica

EL HORLA

HISTORIA DE UNA OBSESIÓN

(Continuación)

Me objetareis... ¿Y la mariposa? ¡Una flor con alas!... Yo sueño en una que podría ser tan grande como cien universos, dotada de unas alas, cuya forma, belleza. color y movimientos, no me es posible explicar. Parece que la veo. . Vá de estrella en estrella, de mundo en mundo, refrescándolos y embalsamándolos con su ligero y armonioso aleteo... Y los seres que pueblan el infinito, la miran pasar, extasiados y llenos de amor....

. . . .

—Qué es lo que tengo? ¡Es él, él, el Horla, que me posee, que me hace pensar estas locuras! ¡Está en mí; dentro de mi alma! ¡Lo mataré!...

19 De Agosto.—¡Lo mataré! ¡Ya lo he visto! Ayer, sentado ante la mesa de mi despacho, hacía ademán de escribir con gran atención. Estaba seguro que vendría á rondarme muy de cerca, que quizás podría tocarle, cogerle... ¡Entonces, ¡ah! entonces... la desesperación me daría fuerzas; haría uso de mis manos, de mis rodillas, de mi pecho, de mis dientes, ¡hasta de mi cabeza para estrangularlo, aplastarlo, morderlo... despedazarlo!

Y con todo mi organismo excitado, acechaba... esperando el momento apetecido.

Habia encendido las dos lámparas del despacho y las ocho bugías de la chimenea, como si con esta claridad hubiese podido descubrirlo.

Enfrente de mí, tenia la cama, una antigua cama con columnas de encina; á la derecha la chimenea, á la izquierda la puerta cuidadosamente cerrada, despues de haberla dejado abierta largo tiempo con el objeto de atraerlo; detras de mi, un elevado armario de espejo, frente del que tengo la costumbre de acicalarme y vestirme, y donde me suelo mirar, de pies á cabeza, cada vez que paso delante de él.

Así, pues, simulaba escribir, como antes he dicho, para engañarle puesto que estaba seguro de que me espiaba: no tardé en apercibirme, con certeza, de que estaba leyendo por encima de mi hombro, y que se encontraba allí, rozando mi piel.

De repente, me levanto, y estendiendo los brazos, me vuelvo tan rapidamente, que estuve á punto de caer. ¡Ah! ¿Qué era aquello? A pesar de la profusión de luces... ¡no me veía en el espejo! ¡Estaba vacio, claro, profundo, lleno de luz!... ¡Mi imagen no estaba allí!.., Sin embargo, yo estaba enfrente, sí estoy seguro! ¡Y contemplaba con ojos despavoridos aquel gran vidrio completamente limpio! ¡No me atrevía á dar un paso hacia él, ni osaba hacer movimiento alguno, seguro de que El estaba allí y de que su cuerpo impalpable impedía al mío reflejarse!... ¡Y se me escapaba otra vez!

¡Qué miedo se apoderó de mí! De repente, empiezo, á ver mi imagen reflejarse en el fondo del espejo envuelto en una ligera bruma como á traves de una sábana de agua, y me parecía que esta capa de agua resbalaba de izquierda á derecha, lentamente, dejando precisar mi imagen de segundo en segundo. Era como el final de un eclipse. El cuerpo que me ocultaba, no parecía tener contornos claramente definidos, sinó una especie de trasparencia opaca que iba aclarándose poco á poco.

Al fin, pude distinguirle completamente, como de ordinario.

¡Lo había visto! Tal es el espanto que he experimentado, que aún me estremezco de frío.

20 de Agosto.—¿Matarlo? ¿Cómo; puesto que no puedo alcanzarlo? ¿El veneno? Pero me verá mezclarlo en el agua y además, ¿quién me asegura que nuestros venenos produzcan efecto en su cuerpo imperceptible? No... no... esto no tiene duda. Entonces, ¿qué?

21 de Agosto.—He hecho venir de Rohuen á un cerrajero y le he encargado unas persianas de hierro para mi habitación, como las tienen en París ciertas casas particulares de planta baja, por temor á los ladrones. Además me construirá una puerta semejante. Me habrá tomado por un cobarde, pero no me importa.

. . . .

10 de Septiembre.—Rouen.—Hotel Continental. Esto es hecho .. es hecho.. pero ¿habrá muerto? Aún tengo el alma trastornada de lo que he visto.

Ayer, después que el cerrajero hubo colocado las persianas y la puerta de hierro, he dejado todo abierto hasta cerca de la media noche, á pesar del frio que se dejaba sentir.

De pronto, he notado su presencia y he sentido una alegría feroz. Me he levantado con negligencia y he comenzado á dar paseos arriba y abajo un buen rato, para que no sospechase nada. Después me he quitado las botas y me he calzado unas zapatillas distraidamente; luego he cerrado mis persianas de hierro y dirigiéndome con paso tranquilo hacia la puerta, la he cerrado con doble vuelta. Volviendo otra vez á la ventana, la he reforzado con un candado, del cual, me he guardado la llave en el bolsillo.

De pronto, comprendí que se agitaba á mi alrededor, que á veces tenía miedo de mí y me ordenaba que le abriese. Fingí ceder, pero en vez de hacerlo me arrrimé á la puerta y entreabriéndola salí de espaldas y gracias á mi estatura, la obstruia casi por completo. ¡Estaba seguro que no había podido escaparse y allí lo encerré, solo. completamente solo! ¡Qué alegría! ¡Estaba en mi poder! Entonces bajé corriendo; cogí del salón qne había bajo mi habitación las dos lámparas y derramé todo el petróleo sobre los tapices, sobre los mubles, por todas partes; una vez hecho esto les prendí fuego y me puse en salvo después de haber cerrado con doble vuelta la puerta de entrada.

Y fuí á ocultarme en el fondo de mi jardin, trás un maciso de laureles. ¡Qué largo me parecía el tiempo! Todo era obscuridad, quietud y silencio; no se percibía ni un gemido del aire y ni una estrella se divisaba al través de las enormes montañas de nubes, que yo adivinaba sin verlas, porque me parecía que gravitaban sobre mi alma con todo su peso, inmenso... infinito.

Miraba á mi casa y esperaba. ¡Qué eternos se me hacían los minutos! Creia ya que el fuego se había extinguido por sí solo, ó que Él había logrado apagarlo, cuando una de las ventanas del piso bajo cayó hecha astillas, impulsada por el voraz elemento, y una llama, una gran llama roja y amarilla, larga, blanda, acariciadora, subiò besando el muro, á lo largo, hasta rebasar el techo. Una luz pavorosa se reflejó en los árboles, en las ramas, en las hojas, y algo así como un extremecimiento de miedo, un temblor insólito, se apoderó de todo cuanto me rodeaba. Los pájaros se despertaban, los perros ahullaban; parecía que iba á amanecer. Otras dos ventanas estallaron del mismo modo enseguida, y un segundo después toda la planta baja no era más que un espantoso brasero. Pero un grito, un grito horrible, más que agudo... desgarrador, un grito de mujer, rompió el silencio de la noche, al mismo tiempo que el techo se hundia. ¡Había olvidado á mis criados! Yo ví sus caras demudadas, enloquecidas, y sus brazos agitándose convulsivamente!... Entonces, loco de terror, eché á correr hacia la ciudad gritando: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Fuego... fuego!» Encontré gente que acudía al lugar del siniestro y me uní á ellos, para ver hasta el fin.

La casa, no era ya más que una hoguera horrible y magnífica que alumbraba la tierra; un brasero donde se quemaban algunas personas y donde se quemaba también Él, Él, mi prisionero, el nuevo Sér, el nuevo Dueño!... ¡El Horla!

Bien pronto cayó el techo entero; como devorado entre los muros de nn volcán de llamas se remontó hasta el cielo. Por todas las ventanas abiertas sobre aquel horno, veia la inmensa pira y pensaba en que El estaba allí, en aquel infierno muerto...

¿Muerto? ¿Será posible? Su cuerpo, aquel cuerpo que la luz atravesaba... ¿podría destruirse por los mismos medios que el nuestro? Y... ¿si no había muerto? Entonces, solo el tiempo puede ejercer su poder sobre el Ser Invisible y Formidable. ¿Era de temer que este cuerpo trasparente, desconocido, este cuerpo de Espíritu, estuviese sujeto también á las enfermedades, á las heridas, á los males que nos afligen á los demás, á la destrucción prematura, en fin?

¿La destrucción prematura? ¡Todo el miedo de la humanidad es producido por ella! Después del hombre, ¡El Horla! Después del que puede morir cualquier día, á cualquier hora, á cualquier minuto, por un accidente imprevisto, ha llegado el que no debe morir más que en su día, á su hora, en su minuto, al alcanzar el límite de su existencia!

No... no... no hay duda no hay duda ninguna, ¡no ha muerto! ¡Entonces si él no ha perecido será preciso que yo me suicide! . . , ...
. . . .

GUY DE MAUPASSANT.

Sección Medianímica

¡Espiritistas, leed!

Hermanos queridos: Quiero llamaros la atenclón sobre las comunicaciones espíritas.

Sabeis que éstas no vienen á satisfacer deseos ni caprichos, ni halagar pasiones ni el amor propio de los hombres; vienen, sí, á guiarles por el camino de su progreso moral y del porvenir eterno.

Al hablaros de comunicaciones, me refiero exclusivamente á las dadas por espíritus de luz, por ser ésta una de sus celestiales misiones.

Desde el principio de la historia de la Humanidad hasta vuestros días, en todos los pueblos encontrareis la evidencia de las comunicaciones de ultratumba.

En los primitivos tiempos se prohibía bajo severas penas evocar á los muertos, y esta prohibición, lejos de ser arbitraria, como á primera vista podría pareceros, estaba por el contrario perfectamente justificada, porque antes que en el planeta todo progresara, el estado moral de sus habitantes estaba parangonado con él; ahora bien, el número de los desencarnados recibe su contingente de los encarnados, y como el alma del hombre al desprenderse de los lazos que le unen á la materia conserva su individualidad, era lógico que de evocarlas recibieran más perjuicios que beneficios, y Dios, que es la Sabiduría y la Bondad infinitas, inspiró á los legisladores la prohibición de estos actos para en nada violentar el libre albedrio de los hombres, y que los beneficios como la expiación de las almas, estuvieran en razón de sus actos buenos ó malos, pero libremente realizados.

Hoy que las evoluciones del progreso han derribado esas murallas; hoy que la Ciencia ha enseñado al hombre el camino que conduce á Dios, Éste

le permite estas manifestaciones instruyéndole en su divina pedagogia para que combatiendo al materialismo, predique y practique la santa moral del Evangelio.

El que las interprete de este modo está en el error, y vosotros, hermanos míos, debeis combatir el error con la sabiduría, el odio con el amor, y el egoismo con el sentimiento altruista; al oscurantismo que se opone á la marcha del progreso, oponedle vuestra firmeza de ánimo, y seguid adelante hasta conseguir el triunfo, que nunca es más bella la naturaleza que en esos horrorosos combates de la tempestad con la bonanza, como nunca es más grande la victoria que cuando el combate ha sido horrorosamente sangriento.

Sed héroes de vuestras creencias, pero sin desmayos; el verdadero héroe no desmaya, si no vence, y vence porque combate; en vuestro camino encontrareis abismos que vencer y los vencereis tendiendo el puente de vuestra inteligencia; y cuando los habreis salvado os escontrareis en los senderos que conducen á Dios, en el de la Ciencia y la Razón; la razón que es atributo distintivo de vuestra naturaleza humana y que recibisteis de la Divinidad con el deber de desenvolverlo y serviros de él en vuestros actos de libertad individual.—Firmado.—TOMÁS.

(*Comunicación obtenida por el medium B. M. en el grupo «Amor Fraternal» de Cádiz.*)

Sección Bibliográfica

EN LO INVISIBLE.—ESPIRITISMO Y MEDIUMNIDAD, por León Denis.—Un tomo en 18.º de más de 460 páginas.—Paris P. G. Leymarie. Librairie des Sciences psychiques, 42, rue Saint-Jacques, 42.—Precio, 2,50 francos.

El rápido desarrollo del Espiritismo, el gran número de experiencias nuevas sobre que se apoya, exigían la publicación de una obra resumiendo el conjunto de los trabajos llevados á cabo en este dominio de medio siglo acá, y que comprendiera los hechos más recientes. Tal es la obra que M. León Denis acaba de escribir y á la que ha sabido dar una forma clara, precisa, atrayente.

A los testimonios de los sabios en pró de las manifestaciones de ultratumba, L. Denis añade hechos numerosos é inéditos observados por él en el transcurso de treinta años de experimentación. Establece, sobre pruebas irrefutables, la realidad de las relaciones entre los vivos y los espíritus de los difuntos. El rango del autor entre los escritores de nuestro tiempo, su competencia, su autoridad en tales materias que le han valido el honor de presidir el Congreso espiritista y espiritualista internacional celebrado en París en 1900, dan á esta obra una importancia y un interés excepcionales. El estudio del mundo invisible atrae y apasiona cada vez más á los investigadores. El campo de las investigaciones se ensancha cada día y el número de personas que á él acuden aumenta en proporciones considerables. Pero muchos dedícanse á las experiencias sin preparación, sin método, sin espíritu crítico, resultando

de esto numerosos abusos. La necesidad de precisar las condiciones de experimentación, de establecer, en la medida de los conocimientos adquiridos, las reglas que presiden al funcionamiento de las facultades medianímicas, déjase sentir de una manera apremiante. Tales reglas, tales condiciones, León Denis las expone en la primera parte de su obra con gran claridad, con elevada competencia. Muestra, cómo todas las manifestaciones del mundo invisible están regidas por leyes fijas, exactas, rigorosas, cuyo estudio arroja viva luz sobre los problemas de la vida y la muerte, de la naturaleza y del destino de los séres.

La tercera parte de la obra está consagrada al estudio de la mediumnidad bajo sus múltiples aspectos. Vése en ella el gran papel que ha desempeñado al través de las edades, sus modos de aplicación en el presente, indicándose los medios de restituirla todo su brillo y sinceridad. El capítulo terminal, sobre la mediumnidad gloriosa, presenta con poderoso relieve, en majestuoso desfile histórico, las grandes figuras de los profetas, los videntes y los inspirados. En páginas llenas de color y de vida, el autor nos muestra la influencia ejercida por el mundo invisible en la marcha y progreso de las razas humanas, por medio de los grandes predestinados.

Dedicado á familiarizar á pensadores é investigadores con lós agitados problemas del Más allá, este libro constituirá un precioso instrumento de vulgarización. Será también el *vade mecum* del espiritista. Posee en grado eminente las cualidades de estilo y erudición que han asegurado el éxito de las obras anteriores de León Denis. Hablando de su primer volumen, «Después de la muerte», Alejandro Hepp, el delicado cronista parisién, ha dicho en el *Journal* del 26 de Enero de 1899: «Es el libro más bello, más noble, más precioso que he leido nunca.» Su nueva obra, «En lo invisible», no tendrá menos resonancia.—M. GIMENO.

CRÓNICA

El 31 del presente mes se cumple el XXXV aniversario de la desencarnación de nuestro queridísimo Maestro ALLAN KARDEC. Con este motivo «La Revelación» le reitera, así como á todos los mesías y redentores, las más expresivas manifestaciones del profundo amor que le profesa.

→ El 7 del actual tuvimos la inmensa satisfacción de que nos visitara en nuestra redacción el consecuente correligionario y entrañable amigo Don Cayetano Martínez, de Elche.

Una vez más pudimos apreciar los vastos conocimientos que posee de nuestras hermosas creencias, avalorados por una provechosa experiencia.

→: Hemos recibido muchos plácemes por la publicación en nuestra anterior edición, del concienzudo artículo intitulado «El Espiritismo en Cádiz», debido á la bien cortada pluma de nuestro ilustrado colaborador D. José de Maruri, á quien por nuestro conducto se le felicita con entusiasmo.

Por nuestra parte agradecemos estas expontáneas demostraciones de cariño de nuestros amados lectores; y por lo que respecta al Sr. Maruri, tiene el uso de la palabra para manifestar su sentir.

→: Ha empezado á ver la luz en Guadalajára (Méjico) una excelente revista de estudios psicológicos y morales, titulada *Alma*, que es el órgano del centro espiritista «Viajeros de la Tierra».

Con verdadero deleite hemos leido los dos números que han llegado á nuestro poder; pues su texto lo componen artículos doctrinales de gran enseñanza.

Le auguramos un feliz éxito en la propaganda de nuestros regeneradores ideales al proseguir por el camino emprendido. Con gusto dejamos establecido el cambio.

→: En la revista feminista *La Mujer Moderna*, correspondiente al 15 del actual, leemos la siguiente opinión que le ha merecido el primer tomo de la última obra de nuestro conspícuo colaborador D. Miguel Gimeno Eito, denominada «Agraz Espiritista».

Dice así:

«Consta de más de 300 páginas, de las que el autor, D. Miguel Gimeno Eito, dedica una buena parte á la defensa de la mujer. Aunque nos esté vedado, por incompetentes, hacer un ensayo crítico de esta obra, hemos de hacer constar cuán buena impresión nos ha producido el modo con que enaltece la condición de la mujer y defiende sus derechos, citando varios hechos importantes de mujeres célebres.»

No podemos ocultar lo muchísimo que nos congratula que publicaciones profanas, y especialmente de la índole de *La Mujer Moderna*, se ocupen con elogio de los libros espiritistas.

¡Y luego dicen los pesimistas que no se progresa! Antes la prensa en general—salvo rarísimas escepciones—se ocupaba con desdén, sino de otra manera peor, del Espiritismo; después ya le prestaba atención; ahora la encomia haciendo justicia á las altruistas y científicas aspiraciones que informan su credo.

Ya ven nuestros lectores si podemos estar satisfechos; si bien no del todo, pues aún hay que laborar mucho para «separar la cizaña del buen grano», cual elocuentemente se expresa en el artículo editorial del mes pasado.

Establecimiento Tipográfico de Moscat y Oñate